

el origen del gaucho

• CARLOS A. POLEMANN

El gaucho es el más típico representante platense después de la conquistista y su conocimiento resulta indispensable para comprender nuestro proceso sociológico y cultural. Hay ciertas diferencias según las diversas regiones pero las líneas maestras que constituyen este personaje son idénticas en los territorios que hoy ocupan la República Oriental del Uruguay, gran parte de la República Argentina y el estado brasileiro de Río Grande del Sur.

Antes de ir a la cosa vayamos al vocablo. Como bien es sabido, ignoramos cuál es el origen de la palabra. Para unos proviene del árabe "Chaouch" (tropero), transformada en España en chauchó y en América en gaucho. Para otros es una metátesis del guacho; huérfano, abandonado, errante. En cambio, no falta quien encuentre su raíz en el quechua caucho (hechicero vagabundo), y tiene, también, sus adeptos la derivación de la palabra portuguesa garrucho (garrocha). Están, además, los partidarios del origen vasconco, gitano o de lenguas indoamericanas, las recién citadas y el tupiguaraní, aymará, charrúa, mapuche, etc. Basta decir que Fernando Assuncao en una obra reciente examina y documenta el problema a través de más de doscientas páginas, revelando coincidencias entre raíces y significados (1). Complicada maraña etimológica que ya nos indica lo complejo del concepto. Porque lo cierto es que el gaucho es un poco hijo de todos esos pueblos, de donde puede proce-

der su denominación, y fue también en alguna medida lo que dicen las diversas interpretaciones de la palabra.

¿Cuál fue, pues el origen histórico del gaucho? Tampoco aquí hay concordancias ni mucho menos. Recordemos entre otras las teorías del argentino Emilio Coni o de los orientales Blanco Acevedo o Zum Felde. Pero más allá de las diversas posiciones hay un fondo de afirmaciones comunes a las que trataremos de ceñirnos. Para situarnos adecuadamente es necesario tener en cuenta las dos coordenadas que ubicarán la presencia del gaucho en nuestra historia. La coordenada de lo ya existente en América y la coordenada de lo que llegó en las naves españolas. La primera es la tierra, el paisaje para hablar en términos de geografía moderna, que si bien no es causa de lo histórico, como lo pretendiera Taine, es, por cierto, condición del fenómeno humano. Los conquistadores se encontraron en el Río de la Plata con un territorio fértil, enorme, con una fauna bastante pobre para las necesidades del hombre caucásico y habitado por indígenas de culturas sumamente primitivas.

En cuanto a la otra coordenada, la que determina el hecho europeo en América, recordemos, para individualizar mejor, el distinto tipo entre la colonización inglesa, portuguesa y española. La primera se debe a especiales factores sociales, políticos y religiosos que provocarán la emigración en masa de numerosas familias inglesas. Familias que se trasladarán íntegras para practicar las tareas agrícolas, con la idea de afincarse de modo definitivo en las nuevas tierras y nunca más

(1) FERNANDO XX O. ASSUNCAO. *El Gaucho*. Apartado de la Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay. Montevideo. 1963.

volver a la Isla. Es decir, fue una emigración de neto cuño sedentarista. La conquista española es algo muy diverso. La realizaron aventureros; hombres solos que dejaban en la península a sus padres, a sus mujeres y a sus hijos y que pensaban volver a cruzar el Océano una vez enriquecidos en las Indias. Y no pensaban ciertamente enriquecerse cultivando la tierra. También se diferencia de la colonización portuguesa. El interior del Brasil atrajo a los conquistadores porque su clima y sus tierras fértiles permitían el cultivo en gran escala de productos muy rendidores económicamente, como la caña de azúcar, café, algodón, tabaco y yerba mate. Esta tendencia al interior del territorio estaba, además, fortalecida por el clima costero, malsano para el europeo. Se sumaba a esto el temperamento pacífico de los indios de esas tierras, los guaraníes de variedad tupí, que fueron fácilmente sojuzgados y utilizados de manera intensiva para las labores agrícolas. En el Plata, en cambio, las tierras y el clima del interior no ofrecían perspectivas para los cultivos de gran rendimiento, más aún, las tierras costeras eran más fértiles y mejores que las otras. Además el clima templado no obligaba a penetrar en el territorio en busca de altitudes con temperaturas más frescas y ambientes más sanos. Por último, las tribus de estas regiones eran diversas a la del Brasil. Se trataban de indios guerreros, indómitos, difícilísimos de someter y además poco numerosos. Este solo factor, el carácter peculiar de nuestros indígenas, hubiera hecho imposible su explotación para la producción agrícola intensiva.

Y aún dentro de la colonización española debemos hacer algunas precisiones. Porque para los españoles de los primeros tiempos, que venían sobre todo a enriquecerse, y enriquecerse rápido, lo que contaban eran las regiones ricas en metales preciosos. Por eso fueron objeto de interés de la conquista las deslumbradoras culturas de México o el altiplano peruano y los sueños míticos de El Dorado o la Ciudad de los Césares.

Mal podrían interesarles nuestras tierras rioplatenses sin filones de oro o minas argentíferas ni templos recubiertos de plata y pedrería. Apenas eran lugares de paso hacia las ansiadas metas.

No había, pues, aquí ni minería que explotar como en el Perú, ni culturas evolucionadas que asimilar como la azteca o la incásica, ni fauna que aprovechar. Había, sí, campos fértiles en el interior, pero lo eran tanto o más los de la costa y ni unos ni otros tenían el clima apto para los cultivos más fructíferos. Y aunque lo hubieran sido faltaba el elemento humano dado el tipo de la colonización española, distinta de la inglesa, y el carácter belicoso de las tribus indígenas de estos territorios. Las perspectivas, por tanto, de nuestras regiones eran quedar, por largo tiempo, al menos como pueblos costeros con un interior desconocido y despreciado. Pero un humilde acontecimiento, sin trascendencia aparente, dará la clave de las futuras naciones.

Tal acontecimiento es la llegada a estas tierras de los primeros animales domésticos. La fecha inicial es 1536 cuando Pedro de Mendoza introduce en la primitiva Buenos Aires los primeros caballos y cerdos; y probablemente los primeros vacunos, consumidos sin duda por la extrema necesidad que pasaron los fundadores. Fracasada la empresa, los pocos caballos que pudieron salvarse se multiplicaron en las pampas de modo realmente extraordinario. Los cerdos siguieron procreándose en la isla de San Gabriel. El temerario y valiente Alvar Núñez Cabeza de Vaca llevó en 1542 a Asunción del Paraguay los primeros caballos y mulas. Ocho años después en la misma ciudad, Nuflo de Chaves, introdujo algunas ovejas y cabras. Mayor importancia tiene la llegada del ganado vacuno. Se atribuye a los hermanos Goes, quienes en 1554 habrían conducido siete vacas y un toro desde las costas del Brasil hasta la actual capital del Paraguay. La segunda partida se debe a Juan Ortiz de Zárate, adelantado del Río de la Plata de 1573 al 1576, que hizo venir del

Perú, también con destino a Asunción, 1.500 cabezas de vacunos, 200 yeguas y 2.000 y pico ovejas.

De Asunción, por obra de Garay, bajarán los primeros bovinos a reproducirse en el litoral argentino. A medida que fueron surgiendo poblaciones en las orillas del Paraná, el ganado fue también transportado hacia el sur y en pocos años ya se había reproducido de modo asombroso en la zona de Buenos Aires y en la mesopotamia argentina. Se calcula que en 1585 el ganado cimarrón en la llanura bonaerense alcanzaba las 80 mil cabezas. En 1611 Hernandarias llevará los cien primeros vacunos y dos manadas de yeguas y caballos a la Banda Oriental. También se realizaron introducciones en 1620 desde las Misiones Jesuíticas. Aquí, como en la otra orilla del Plata, la propagación fue tan enorme que con el transcurso de los años era preciso ahuyentar las haciendas de los caminos para poder transitar por ellos. Con esta fauna pecuaria multiplicada al poco tiempo de modo tan fecundo, ya tendrán estas regiones su riqueza propia. Y esta riqueza será la que determine la formación de la sociedad y el hombre rioplatense. Ya a mediados del siglo XVII enormes rebaños sin dueño vagaban por las pampas argentinas y las cuchillas orientales. En muchas otras regiones y tiempos ha habido rebaños de animales por los campos, pero estos ganados tienen la característica de su gran número en muy vastas extensiones. La nueva riqueza ausente en el mismo paisaje un siglo antes, atraerá al hombre blanco al interior del territorio e hizo así posible su colonización. Los ganados, vetas de cuero y de carne, fueron el móvil y la base para conquistar estos países (2).

El hecho de la conquista no sólo cambió el paisaje, pues también tenemos la transformación del indio y del español; los dos supuestos básicos del hecho antropológico del gaucho. El indio comienza a vivir la nueva realidad del ganado

integrado en su paisaje secular. Y aprende a montar a caballo y agrega en su alimentación la carne vacuna. Antes había tenido que andar a pie y se alimentaba de aves, venado, carpincho y los peces de sus ríos. Ahora tenía el caballo que lo trasladaba sin esfuerzo a las más grandes distancias y lo ayudaba a cazar con mucha más facilidad. Y no el venado o el carpincho de carnes magras o gusto desagradable, sino vacas, terneras o yeguas de magnífico sabor y mucho mejor rendimiento. La geografía, a través de su fauna, va así dando los primeros toques para crear al gaucho. También, por supuesto, el indio sufre, digamos por ósmosis ambiental, el influjo de los conquistadores. Catáneo en su carta de 1730, nos describe los efectos de esta primera transformación al contactarnos el encuentro con unos indios, habitantes de la Banda Oriental, desnudos o casi desnudos, todos a caballo, armados de arco y lanza, cuyos jefes tenían nombres cristianos y el cacique llevaba un manto con pieles pintadas como cueros, encontradas probablemente en la tienda de algún ropavejero español. En la mano llevaba un bastón negro con puño de latón. Se trata de indios indudablemente, pero indios ya modificados por la civilización. Estos indios de 1730 son los primeros ensayos del gaucho; por lo menos son indios que ya son dueños del caballo.

Pero no sólo el indio cambia. El español, en cuanto entidad étnica, también se transforma en la circunstancia americana; para expresarnos al modo de Ortega. Lo cierto es que los hijos de hispanos fueron asimilados de manera casi fulminante por el medio ambiente, pues a la primera generación ya se sintieron americanos; algo distinto del español peninsular. ¿A qué se debe este cambio dentro de una misma raza? Basta el hecho del traslado a través del Atlántico para explicar la formación de una mentalidad autóctona? Ciertamente que no. Es probable que la tierra haya ejercido la magia de su influjo pero no hay que olvidar la deliberada exclusión que se hizo

(2) Ver EMILIO A. CONI. *Historia de las vaquerías en el Río de la Plata*. Madrid, 1930.

de los nacidos en las Indias para los cargos de responsabilidad en las diversas manifestaciones de la vida pública. Con poco tacto las autoridades españolas, continuamente renovadas por los aportes venidos de la península, sólo les daban entrada en los cargos militares, eclesiásticos o administrativos de menor jerarquía. Todo esto fue creando un sentimiento antiespañol, aún entre aquellos que lo eran por sangre de ambos lados. Este hecho político determinado influirá en la formación del nuevo tipo humano, que será producto del fenómeno de la conquista en suelo americano. Hay, por lo tanto, modificaciones por contacto entre elementos hasta ahora desconectados entre sí: el paisaje, la fauna pecuaria importada, el indio autóctono y el español conquistador. Con respecto a estos dos últimos elementos no sólo hay evolución en líneas paralelas sino también convergencia; amalgama que tiende a una nueva síntesis.

Tal convergencia entre indio y español es el hecho de la *fusión de razas* . ¿Cuáles fueron los indios de nuestros territorios y por tanto antecesores del gaucho? Las culturas indígenas de las tierras, que circundan el Río de la Plata estaban menos evolucionadas que las del noroeste argentino. Y a fortiori muchísimo menos que las grandes culturas de las áreas mesoamericana y andina. Los pueblos ocupantes de las regiones que luego serán las del gaucho fueron: en la región del litoral de los ríos Paraná y Uruguay los chanás, charrúas, guaraníes y guayanás. Y al sur, desde la Pampa hacia la Patagonia, los querandíes, pampas, pehuenches y tehuelches. La característica común de estas tribus, con excepción de los guaraníes, es no haber superado el estado del salvajismo superior, conforme a la clasificación de Lewis Morgan. Eran pueblos recolectores, cazadores y pescadores, que en muy pocos casos desarrollaron un comienzo de agricultura. Más adelante estas regiones recibieron un nuevo y poderoso aporte de elemento indígena con las tropas guaraníes que los jesuitas trajeron de las Misiones pa-

ra desalojar, en guerras repetidas una y otra vez, al lusitano invasor. Tales guaraníes llegaron en cantidades y con sus familias. El tipo de conquista española hizo que el español viniera solo y como lo hacía en la plenitud de su vigor satisfizo naturalmente sus impulsos viriles con las mujeres indias. Aumentó la proporción de estas uniones el espíritu aventurero de muchos que los hacía huir de los incipientes poblados o los que disparaban por tener problemas con la justicia. Así, poco a poco, el conquistador fue fecundando a las indias y apareció el mestizo: hijo de padres blancos y madre aborígen.

Ahora bien, aunque fue un hecho la realidad del mestizo, ciertamente que no lo fue en el grado de otros países hispanoamericanos. En primer lugar porque el espíritu reactivo del indio rioplatense no hizo excesivamente fácil la conquista de sus mujeres. Con las que más se mezcló el español fue con las guaraníes, debido a la complacencia de su carácter. En segundo lugar esa imperiosa necesidad de mujeres se fue atenuando al pasar la época de la conquista cuando el aventurero venía solo. A medida que las ciudades fueron creciendo y asentándose, comienzan los aportes femeninos de la península. Así se hace posible ya en el siglo XVII la reproducción de muchos españoles entre sí. Ambos factores explican el menor porcentaje de mestización en nuestras tierras. Sin quedar aislados los europeos como en el caos de las colonias inglesas, tampoco fueron absorbidos en tal grado por los pueblos autóctonos que crearan una ancha faja de mestizos como ocurrió con otras naciones latinoamericanas. Diríamos que entre nosotros la proporción estuvo suficientemente equilibrada entre ambos elementos raciales. Y tal equilibrio repercutió en la formación del gaucho.

Si sus componentes fundamentales son el español y el indio, también intervinieron otros dos: el negro y el portugués. El aporte negro vino a través de dos tipos intermedios entre los tipos pu-

ros, llamémosles así, del indio y el español. Tales tipos intermedios fueron, además del mestizo, el mulato hijo de blanco y negra y el zambo, de negro e india. La población de color en América proviene del Congo, Guinea y Sudán Occidental. ¿En qué estadio cultural llegaron estos pueblos? Los negros del Congo practicaban la agricultura, vivían en aldeas, usaban ropa tejida, confeccionaban cerámica y utilizaban el hierro. Se comunicaban a la distancia por medio de tambores hechos de troncos ahuecados y tenían una organización social y política compleja. Los de Guinea practicaban el comercio usando unas monedas rudimentarias. Hacían buenos tejidos, trabajaban el bronce, cobre y hierro, tenían una religión muy complicada y estaban organizados en fuertes monarquías y parece que conocían una escritura primitiva. En cuanto a los negros del Sudán Occidental dependían culturalmente del mundo islámico. Aunque vinieron bastantes contingentes a nuestras tierras, lo cierto es que en la Argentina han prácticamente desaparecido y en el Uruguay existen en grado mucho menor que en el Brasil. Esto se debe a varias causas: en primer lugar la introducción esclavista fue aquí bastante más reducida que en otras regiones donde la imperiosa necesidad de brazos atraía los buques negreros, como en las Antillas, el Brasil y el Sur de los Estados Unidos. Luego el clima templado no los favorecía. Por último las guerras, tanto de la independencia como las civiles, los diezmaron. Además de las levas de la época, comunes también a los blancos, los negros se sentían fuertemente atraídos hacia las armas; ya sea por el gusto del uniforme, por ciertas facilidades aparejadas a la vida castrense o por el gusto de pelear simplemente.

Además está el aporte portugués, sobre todo con respecto al gaucho oriental. Siempre intentó la corte de Lisboa, y luego el Brasil, alcanzar los límites naturales de su territorio, extendiéndose hasta el Río de la Plata, propósito conseguido temporariamente en la época de

la Cispatina. Por otro lado España, interesada al comienzo en las regiones mineras, tuvo durante un largo tiempo abandonados estos territorios; lo que dio pie a los lusitanos para fundar Colonia, situados audazmente frente a Buenos Aires. Más adelante cuando ya los ganados constituyeron la riqueza característica de los campos orientales, la Corona española intentó poner coto a las pretensiones de Portugal. Pero quedó un hábito en nuestros vecinos del Brasil que hizo que continuara afluyendo sangre portuguesa en el complejo racial que se iba fraguando. Sobre todo contrabandistas y aventureros atraídos por las riquezas pecuarias del futuro Uruguay (3).

Y así la transformación cultural operada en el indio, de la fusión de razas y el ambiente pastoril creado por el hecho de la ganadería, hace posible la aparición del gaucho. Porque la unión de las razas dará al gaucho sus características somáticas y su psiquis fundamental. Y la ganadería el medio ambiente que también modelará su alma. Los primeros documentos acerca de su existencia están en los cronistas del siglo XVIII. Boun-gaville en 1766, dice: "se ha formado, desde hace algunos años atrás, en el Norte del río (de la Plata), una tribu de montaraces que podrán convertirse cada vez más peligrosos para los españoles si no toman medidas prontas para su destrucción. Algunos malhechores escaparon de la justicia, se habían retirado al Norte de Maldonado; a ellos se agregaron muchos desertores; insensiblemente el número acreció y con las mujeres tomadas a los indios, han comenzado una raza que no vive sino del pillaje. Se asegura que ellos pasan ya de seiscientos". Este documento es la partida de nacimiento de un nuevo tipo humano: el gaucho.

El viajero francés no lo nombra, pero los orígenes, el lugar, las características

(3) Puede verse sobre este tema de la fusión de razas el libro del periodista y diplomático inglés J. HALCRO FERGUSON, *El equilibrio racial en América Latina*, Eudeba, Buenos Aires, 1963.

de "esta nueva raza" configuran el tipo del gaucho mirado desde la ciudad del siglo XVIII. Después de los textos se multiplican en la copiosa literatura de los viajeros. Concolorcorvo, en su célebre "Lazarillo de ciegos caminantes", dice: "los gauderios o gauchos, son unos mozos nacidos en Montevideo o en los vecinos pagos. Mala camisa y peor vestidos, procuran encubrirse con uno o dos ponchos de que se hacen cama con los sudaderos del caballo, sirviéndoles de almohada la silla. Se hacen de una guitarrita que aprenden a tocar muy mal y a cantar desentonadamente varias coplas que estropean y muchas sacan de su cabeza que regularmente ruedan sobre amores. Se pasean a su albedrío por toda la campaña y con notable complacencia de aquellos semibárbaros colonos, comen a su costa y pasan las semanas enteras tendidos sobre un cuero, cantando y tocando. Si pierden un caballo o se lo roban, le dan otro o lo toman de la cam-

paña, enlazándolo con un cabresto muy largo que llaman rosario". Y así podríamos seguir citando a Doblas, Azara, Alvear, Aguirre, Oyarvide y Lastarria. Los documentos oficiales de la época no son menos numerosos que los relatos de los viajeros y también certifican la existencia de este nuevo personaje (4). He aquí, pues, los orígenes del gaucho, esa figura legendaria y romancesca de nuestra tradición; alma y expresión de nuestros campos, que fue soldado en las guerras por la independencia y en las contiendas civiles y más tarde pionero constructor en la evolución de nuestros países. ♦

[4] Todos estos textos como el de Bouganville citado más arriba, con sus respectivos lugares de origen, se pueden ver en: PABLO BLANCO ACEVEDO, *El Gaucho. Su formación social*. Conferencia publicada en la Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, tomo V, N° 2, 1927, y editada el mismo año en forma de apartado.

cine

dr. insólito

● ELSA RISSO

ENTRE la desapareja producción de Stanley Kubrick ("Casta de malditos", "La patrulla infernal", "Espartaco", "Lolita"), "Dr. Insólito" aparece como el film más importante y logrado, tanto por el enfoque original del tema como por su brillante realización.

Tanto "La patrulla infernal" (la más perdurable de sus obras anteriores) como "Dr. Insólito", presentan la característica de no contener explícitamente ningún mensaje antibélico, aunque en ambas el tema, o por lo menos, el contexto dentro del cual se desarrolla la acción, es la guerra o su peligro inmi-

nente. Se trata más bien en los dos casos de reflexiones sobre determinadas situaciones paradójicas, absurdas y, sobre todo, crueles, relacionadas, favorecidas o, al menos, potencialmente permitidas por la estructura del aparato bélico. En el caso de "La patrulla infernal" el acento estaba puesto en el juego de las ambiciones humanas, con toda su secuela de atroces injusticias. En "Dr. Insólito", en cambio, el planteo es diferente: Estados Unidos y Rusia poseen en la actualidad un complejo sistema de defensa en base a proyectiles nucleares regulados por alarmas y reacciones au-